

ría le gustaba recordarlo–, felicidad, pues “cuando hay amor, hay entereza: capacidad de entrega, de sacrificio, de renuncia. Y, en medio de la entrega, del sacrificio y de la renuncia, con el suplicio de la contradicción, la felicidad y la alegría. Una alegría que nada ni nadie podrá quitarnos” (ECP, 75), porque es una alegría que viene de Dios, de un Dios que –como recuerda san Pablo (cfr. Rm 8, 35)– en Cristo ha dado a conocer que nos ama con un amor infinito.

Voces relacionadas: Fidelidad; Santidad, Llamada universal a la; Vocación de san Josemaría.

Bibliografía: AD, 294-316; C, 902-928; ECP, 1-11; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, I, Madrid, Rialp, 2010, pp. 198-239; José Luis ILLANES, *Mundo y santidad*, Madrid, Rialp, 1984; Id., *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007, pp. 127-187; Fernando OCÁRIZ, “La vocación al Opus Dei como vocación en la Iglesia”, en OIG, pp. 135-198; Pedro RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona, EUNSA, 1986.

Cormac BURKE

VOCACIÓN DE SAN JOSEMARÍA

1. Los “barruntos”. 2. La puesta en práctica de la decisión de hacerse sacerdote. 3. Una oración intensa.

En la presente voz aspiramos a narrar los inicios de la vocación de san Josemaría, tal y como comenzó a percibirla en plena juventud.

1. Los “barruntos”

“Barruntar”, según el *Diccionario* de la Real Academia Española, significa “prever, conjeturar o presentir por alguna señal o indicio”. Y “barrunto”, la “acción de barruntar”. Con este nombre explicará san Josemaría el descubrimiento de la llamada de Dios recibida en Logroño a finales

de diciembre de 1917 o primeros de enero de 1918. La “señal o indicio” de ese barrunto –muy próxima al día en que cumplió los dieciséis años– fue “una cosa aparentemente fútil: la huella de los pies descalzos de un carmelita sobre la nieve” (AVP, I, p. 96, nt. 75). En una meditación, años después, contaba refiriéndose a esa señal: “El Señor me fue preparando a pesar mío, con cosas aparentemente inocentes, de las que se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor tan humano y tan divino de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con una herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de este estilo que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión... y a la penitencia” (Meditación, 14-II-1964: AVP, I, p. 92).

El hecho es que el joven Josemaría, al ver aquellas huellas, “se paró a examinar con curiosidad la blanca impronta marcada por la pisada desnuda de un fraile y conmovido en la raíz del alma, se preguntó: Si otros hacen tantos sacrificios por Dios y por el prójimo, ¿no voy a ser yo capaz de ofrecerle algo?” (AVP, I, p. 96). Mons. Javier Echevarría afirma: “Desde entonces comenzó a poner todos los medios para conseguir un trato mucho más intenso e íntimo con Dios, y se dedicó a la oración y a la vida de piedad y de penitencia” (AVP, I, p. 97, nt. 76).

Se trataba de las pisadas dejadas por el carmelita descalzo José Miguel de la Virgen del Carmen, en el siglo, Mariano Domínguez Alonso (cfr. TOLDRÀ, 2007, p. 126). San Josemaría localizó al carmelita que había dejado las huellas en la nieve y le pidió que fuera su director espiritual. Comenzó a visitarle con asiduidad en su convento (cfr. TOLDRÀ, 2007, p. 127). Empezó a ahondar en la vida cristiana. El propio san Josemaría lo rememoraba en una meditación del 19 de marzo de 1975: “comencé a barruntar el Amor, a darme cuenta de que el corazón

me pedía algo grande y que fuese amor (...). Yo no sabía lo que Dios quería de mí, pero era, evidentemente, una elección. Ya vendría lo que fuera... De paso me daba cuenta de que no servía, y hacía esa letanía, que no es falsa humildad, sino de conocimiento propio: no valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no soy nada, no sé nada..." (Meditación, 19-III-1975: AVP, I, p. 97).

Tres meses después del primer encuentro, el padre José Miguel le sugirió que ingresara en la Orden del Carmen. Josemaría pidió luces al Señor, para dar forma a la llamada que resonaba en su corazón. Había descubierto en las pisadas de ese carmelita las huellas de Cristo y una invitación a seguirle (cfr. AVP, I, p. 98), y por tanto tomó en serio el consejo. Pero vio muy pronto, después de meditarlo en la presencia de Dios, que ser religioso no era su camino, y decidió hacerse sacerdote. Era ya la primavera de 1918. Descubrió el sacerdocio como la situación apropiada para identificarse con Cristo, en espera de una respuesta que barruntaba, pero que aún no veía. "¿Por qué me hice sacerdote?, se preguntaría años más tarde-. Porque creí que así sería más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía. Desde unos ocho años antes de mi ordenación barruntaba, pero no sabía qué era, y no lo supe hasta el año 1928. Por eso me hice sacerdote" (BERNAL, 1980, p. 64).

Siendo sacerdote, pensó, estaría en condiciones de realizar lo que Dios deseara. Así lo declaraba en un texto que resume bien su estado de ánimo: "Durante años –escribía en 1931–, a partir del primero de mi vocación en Logroño, tuve, por jaculatoria, siempre en mis labios: *Domine, ut videam!* Sin saber para qué, yo estaba persuadido de que Dios *me quería para algo*. Así estoy seguro de haberlo manifestado alguna o algunas veces a tía Cruz (Sor M^a de Jesús Crucificado) en cartas que le envié a su convento de Huesca. La primera vez que medité el pasaje de San Marcos del ciego a quien dio vista Jesús, cuando aquel con-

testó, al *qué quieres que te haga* de Cristo, *Rabboni, ut videam*, se me quedó esta frase muy grabada. Y, a pesar de que muchos (como al ciego) me decían que callara (...), decía y escribía, sin saber por qué: *ut videam!*, *Domine, ut videam!* Y otras veces: *ut sit!* Que vea Señor, que vea. Que sea" (*Apuntes íntimos*, n. 289: AVP, I, p. 100).

2. La puesta en práctica de la decisión de hacerse sacerdote

Decidido a abrazar el sacerdocio como camino por el que el Señor le llamaba para aceptar lo que quería de él, fue a comunicárselo a su padre. El mismo san Josemaría cuenta la reacción de don José: "Y mi padre me respondió: –*Pero, hijo mío, ¿te das cuenta de que no vas a tener un cariño en la tierra, un cariño humano?* Mi padre se equivocaba. Se dio cuenta después. –... *No vas a tener una casa* –se equivocaba!–; *pero yo no me opondré*. Y se le saltaron dos lágrimas; es la única vez que he visto llorar a mi padre. –*No me opondré; además, te voy a presentar a una persona que te pueda orientar*" (AVP, I, pp. 100-101). Despejada la cuestión de hacer la carrera de Arquitectura, que era la profesión en la que había pensado antes de intuir que el Señor le pedía algo, su padre le aconsejó que hiciera la carrera de Derecho, compatible con los estudios eclesiásticos. De todas maneras, lo primero sería entrar en el Seminario (AVP, I, p. 103).

Está claro que "el día en que Josemaría vio las huellas en la nieve se echó, sin vacilar, en los brazos de Dios. Desde ese momento no fue otro su deseo que el de cumplir la Voluntad divina. Luego comprendió, definitivamente, que el desasimiento y la generosidad son propios del amor. Entendió a dónde conducía aquella lógica divina por la que el Señor despoja de bienes, de personas queridas y de comodidades a quienes ama. De forma que Josemaría, voluntaria y gozosamente, se convirtió él mismo en desprendimiento. Se entregó por completo, con todo su ser, con

todas sus ilusiones, al deseo de identificarse con Cristo, y decidió ordenarse sacerdote” (AVP, I, p. 245).

San Josemaría pensó que sus padres, que desde hacía diez años no tenían hijos, necesitarían contar con un varón que les ayudara. Y aunque ya no eran jóvenes (cincuenta y un años su padre, cuarenta y uno su madre), pidió al Señor que les concediera un hijo varón. Cosa que ocurrió, como un don de Dios, diez meses más tarde, con el nacimiento de su hermano Santiago (el 28 de febrero de 1919).

San Josemaría se confesaba entonces con don Ciriaco Garrido, sacerdote de Santa María La Redonda, donde él iba a oír Misa y a rezar. “Don Ciriaco, como se le llamaba cariñosamente por su corta estatura, fue uno de los primeros que *dieron calor a mi incipiente vocación*, escribirá Josemaría” (AVP, I, p. 103).

Además, don José le pidió a don Antolín Oñate, abad de la Colegiata de Logroño, que orientara a su hijo acerca de esta llamada al sacerdocio. Don Antolín escuchó a Josemaría y después confirmó a don José la vocación de su hijo. Lo mismo hizo don Albino Pajares, sacerdote castrense, a quien don José encargó también que hablara con Josemaría acerca de su vocación.

Don Albino Pajares informó a don José de todo lo que había que hacer para el ingreso en el seminario: solicitar al obispo la convalidación de las asignaturas de Bachillerato; prepararse bien en Latín y Filosofía, porque antes de comenzar la Teología, los alumnos tenían que hacer exámenes de Latín, Lógica, Metafísica y Ética (cfr. AVP, I, p. 104). También, por proceder de la diócesis de Barbastro, necesitaba contar con el permiso del obispo de su diócesis de origen. Josemaría lo solicitó y el obispo de Barbastro envió al de Calahorra (Logroño) el *Exeat* para esa diócesis.

“En junio de 1918, mientras la ciudad (Logroño) sufría los embates de una fuerte

epidemia de gripe que, al decir de la prensa, afectó a las tres cuartas partes de la población, Josemaría Escrivá terminaba el bachillerato con buenas notas” (TOLDRA, 2007, p. 134). A lo largo del verano, Josemaría llevó a cabo la preparación para ingresar en el Seminario. Don Albino y don Antolín le ayudaron, como profesores, a completar los cursos de Filosofía y a profundizar en el latín (cfr. BERNAL, 1980, p. 65). También le ayudó a perfeccionar el latín, por encargo del rector del Seminario, Manuel San Martín, un condiscípulo, mayor que Josemaría (cfr. TOLDRA, 2007, p. 167). La citada epidemia impidió que el Seminario empezara el curso 1918-1919 en agosto. No comenzó hasta el 29 de noviembre (cfr. AVP, I, p. 105). El 6 de noviembre, Josemaría había ya dirigido una instancia al obispo en la que decía: “(...) Que sintiéndose con vocación eclesiástica, después de haber cursado y aprobado los años de Bachillerato, ruego a V.S. se digne concederme el examen de Latín, Lógica, Metafísica y Ética, para después cursar el primer año de Sagrada Teología” (AVP, I, p. 105).

Efectivamente, en el mes de noviembre realizó el examen “ante un Tribunal formado por Don Tomás Monzoncillo, Don Francisco Santamaría y un tercer profesor cuyo nombre no hemos logrado obtener. De esta prueba resultó admitido en Teología” (TOLDRA, 2007, p. 168). Cursó dos años de Teología en el Seminario de Logroño. Participó además en la catequesis que se llevaba desde el Seminario: todos los domingos iba a la iglesia del Seminario, donde tenía lugar la catequesis, y se ponía a disposición «para lo que le mandasen» (cfr. BERNAL, 1980, p. 66).

Posteriormente, y en parte para poder seguir el consejo recibido de su padre de hacer la carrera de Derecho, después de terminar los dos primeros cursos de Sagrada Teología en el Seminario de Logroño, en junio de 1920, hizo las gestiones necesarias para continuar sus estudios eclesiásticos en Zaragoza, en cuya Uni-

versidad Civil podría matricularse. Pasó, pues, a depender del cardenal arzobispo de Zaragoza, “según consta en el Libro de Decretos Arzobispales, donde, con fecha de 19-VII-1920, se registra la siguiente entrada: –«Dn. José María Escrivá Albás. –Letras de incardinación en este Arzobispado, a su favor»” (AVP, I, pp. 119-120).

3. Una oración intensa

En sus años de seminarista en Zaragoza, san Josemaría seguirá rezando al Señor, *Domine, ut videam!*, y a la Virgen del Pilar, *Domina, ut sit!*, para poder descubrir la realidad de esos barruntos. Prácticamente todos los días iba al Pilar a rezar a la Santísima Virgen. En un artículo suyo que se publicó póstumo en el *Libro de Aragón*, en 1976, sobre “La Virgen del Pilar”, se lee: “A una sencilla imagen de la Virgen del Pilar confiaba yo por aquellos años mi oración, para que el Señor me concediera entender lo que ya barruntaba mi alma. *Domina!* –le decía con términos latinos, no precisamente clásicos, pero sí embellecidos por el cariño–, *ut sit!*, que sea de mí lo que Dios quiere que sea” (AVP, I, p. 181).

Así continuará san Josemaría, ya ordenado sacerdote (28 de marzo 1925), tanto en Zaragoza como en Madrid, a donde llegó el 19 de abril de 1927, después de recibir el permiso eclesiástico para acudir a esa ciudad, con el fin de hacer los estudios del doctorado en Derecho (cfr. BERNAL, 1980, p. 80).

Había recibido ya muchas gracias de Dios y dones del Espíritu Santo en su labor sacerdotal. Y seguía buscando ver la Voluntad de Dios. En una meditación del 2 de octubre de 1962, decía san Josemaría: “Cuando yo tenía barruntos de que el Señor quería algo y no sabía lo que era, decía gritando, cantando, ¡como podía!, unas palabras que seguramente, si no las habéis pronunciado con la boca, las habéis paladeado con el corazón: *ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?*; he venido a poner fuego

a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda? Y la contestación: *ecce ego quia vocasti me!*, aquí estoy, porque me has llamado” (AVP, I, p. 286).

El joven sacerdote ardía en amor a Dios y a las almas. En Madrid atendía a pobres de los barrios más necesitados, a enfermos graves en diversos hospitales, daba clases a estudiantes y trabajaba en una academia para universitarios. Al poco de llegar a la capital de España, obtuvo las licencias para celebrar Misa y confesar, por un año, que luego le fueron prorrogando en años sucesivos. La gestión fue hecha por la fundadora de las Damas Apostólicas, Luz Rodríguez Casanova, hija de la marquesa de Oteiro, que deseaba que fuera capellán del Patronato de Enfermos, para ocuparse de los actos de culto de la casa. Sin embargo, como declara una de las primeras damas apostólicas, Asunción Muñoz González, san Josemaría “(...) aprovechó la circunstancia de su nombramiento como Capellán, para darse generosamente, sacrificada y desinteresadamente a un ingente número de pobres y enfermos que se ponían al alcance de su corazón sacerdotal” (AVP, I, p. 262).

A final de 1927 llegaron a Madrid, para vivir con san Josemaría, su madre y sus hermanos Carmen y Santiago. Él, además de su trabajo pastoral en el Patronato, daba algunas clases particulares en casa de su madre, y –como hizo en Zaragoza en la Academia Amado– también dio clases de Derecho Romano en la Academia Cicuéndez, con sede muy cerca de la Facultad de Derecho de la Universidad Central.

En su corazón entraba, con grandes luces de Dios, un ardiente deseo de santidad y de llevar el fuego del Amor de Dios a muchos corazones, para que se sintieran llamados a vivir con generosidad la vocación cristiana. Con este ardor vivió su sacerdocio y presentía que se cumpliría el *Domine, ut sit!* que tanto repetía. De cuando en cuando, dentro o fuera de la

oración, Josemaría se veía obligado a tomar por escrito un pensamiento, una sugerencia apostólica, una indicación venida del Cielo. Eran notas íntimas, muchas, sin duda, verdaderas inspiraciones divinas (cfr. AVP, I, p. 247). “Las muchas inspiraciones divinas eran como chispas luminosas que ponían el alma de don Josemaría en estado de alerta para la acción. Tras ellas venía el impulso de más gracias; eficaces, abundantes, plenas. El sacerdote sentía palpablemente que su energía para la acción resultaba inagotable... A ese flujo de gracias, que reforzaban sus facultades de manera tan notoria y tangible, dio en llamarlas *operativas*. Y es que se adueñaban tan enteramente de su voluntad que, frente a lo ordinario –nos dice don Josemaría–, *casi no tenía que hacer esfuerzo*” (AVP, I, p. 249).

San Josemaría continuaba anotando en sus cuadernos luces del Señor, ideas que le venían en sus ratos de oración o en el trabajo. Como escribe Andrés Vázquez de Prada, san Josemaría, “pasmado por las luces que recibía su alma y los panoramas apostólicos que se extendían ante su mirada, respondía prontamente al Señor: – *aquí estoy, porque me has llamado*. Ya lo venía haciendo desde 1918, pero ahora ese *ecce ego quia vocasti me!* tenía especial resonancia. Era una forma nueva de decir al Señor que se hallaba a su entera disposición” (AVP, I, p. 288). Entreveía un designio divino en el que debería participar, pero sin saber en qué consistiría ni cuál debería ser su participación. De ahí, la intensidad de su oración.

Llegó el 2 de octubre de 1928 y san Josemaría descubrió la gran llamada de Dios –la fundación del Opus Dei–, cuyos barruntos habían comenzado con la mirada a aquellas huellas de unos pies descalzos sobre la nieve, en Logroño, a finales de 1917 o principios de 1918.

Voces relacionadas: Escrivá Corzán, José; Fundación del Opus Dei; Logroño; Vocación.

Bibliografía: AVP, I, pp. 65-121, 244-262; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1988; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1980⁶; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000; Jaime TOLDRA PARÉS, *Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1925)*, Madrid, Rialp, 2007.

Joaquín ALONSO

VOLUNTAD DE DIOS

1. Santidad y voluntad de Dios. 2. La paternidad de Dios. 3. Abandono y libertad.
4. Voluntad de Dios y Cruz. 5. Santidad en la vida ordinaria.

La voluntad de Dios puede ser considerada desde muy diversas perspectivas: filosóficas, dogmáticas, espirituales. Esta última nos sitúa ante el ser humano en cuanto que interpelado por Dios, que lo distingue como persona, le hace objeto de su amor y le llama a corresponder a ese amor, a hacer suyo el amor divino amando lo que Dios ama y como Dios lo ama. En otras palabras, a tener como meta de su vida el cumplimiento de la voluntad de Dios hasta acabar siendo una sola cosa con Él.

La voluntad de Dios hace referencia a su designio universal de salvación, encaminado a atraer a todos los hombres a la comunión con Él. Como afirma san Pablo en un texto muy citado por san Josemaría, “ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Ts 4, 3). La meta de la existencia cristiana y el fin de la vocación cristiana es la participación en la santidad divina, en la vida de la Trinidad. Y esta unión presupone que la voluntad de la persona creada se una a la voluntad de Dios por el Amor, y quiera todo lo que Dios quiere. Unido a la tradición espiritual, san Josemaría conecta el tema del cumplimiento de la voluntad de Dios con la búsqueda de la santidad y

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.